



LIBRO SÉPTIMO

LA ÚLTIMA GOTA DEL CÁLIZ

I

El séptimo círculo y el octavo cielo.

Los días siguientes á la boda son solitarios. Se respeta el recogimiento de la felicidad, y un poco también el sueño retardado. La baránda de las visitas y las felicitaciones no vuelve hasta más tarde. El 17 de Febrero, poco después del medio día, estaba Vasco, con su paño y plumero bajo el brazo, ocupado en "arreglar la antecámara," cuando oyó un ligero golpe en la puerta.

No había tirado de la campanilla, lo cual es una discreción propia de semejante día. Abrió Vasco, y vió al señor Fauchelvent.

Introdujole en el salón; revuelto todo aún de arriba abajo ofrecía éste todo el aspecto del campo de batalla de las alegrías de la víspera.

¡Diantre!—observó Vasco.—Nos hemos despertado tarde, caballero.

—¿Está levantado el señor?—preguntó Juan Valjean.

—¿Cómo seguís del brazo?—preguntó Vasco á su vez.

—Mejor. ¿Se ha levantado el amo?

—¿Cuál? ¿El antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—¿El señor barón?—prorrumpió Vasco como empinándose.

Los títulos sirven principalmente para los criados. Parece que les toca algo, les alcanza lo que un filósofo llamaría las salpicaduras del título, y esto les lisonjea. Mario, digámoslo de paso, republicano militante, habiéndolo probado, era barón á pesar suyo. Habíase verificado en la familia una revolución acerca de este título; Guillenormand era entonces quien abogaba por él, y Mario quien le desecha-

ba; pero el coronel Pontmercy había escrito: "Mi hijo llevará mi título," y Mario obedecía. Y luego Cosette, en quien empezaba á despuntar la mujer, estaba satisfecha de ser baronesa.

—¿El señor barón?—repitió Vasco.—Voy á ver. Le diré que está aquí el señor Fauchelvent.

—No. No le digáis que soy yo. Decidle que hay quien desea hablarle en particular, mas sin decirle el nombre.

—¡Ah!—exclamó Vasco.

Quiero darle una sorpresa.

—¡Ah!—repuso el criado, dirigiéndose á sí mismo el segundo ¡ah! como explicación del primero. Y salió. Juan Valjean se quedó solo.

Acabamos de decir que el salón estaba en desorden. Parecía que, aplicando el oído, hubiera podido oírse aún el vago rumor de la boda. Veíanse por el suelo flores de todas clases, desprendidas de las guirnaldas y de los peinados. Las bujías, apuradas hasta el cabo, añadían á los cristales de las arañas estalactitas de cera. Ningún mueble estaba en su lugar. En los rincones, tres ó cuatro sillas, aproximadas unas á otras y formando círculo, parecían como continuar una plática comenzada. El conjunto era risueño. los restos de una fiesta encierran siempre cierta gracia. El gozo había reinado allí. En aquellas sillas desarregladas, en medio de aquellas flores ya marchitas, bajo aquellas luces apagadas, se había pensado en la dicha. El sol sucedía á los candelabros y sus rayos penetraban alegremente en la sala.

Trascurrieron algunos minutos. Juan Valjean seguía inmóvil en el sitio donde le había dejado Vasco. Estaba muy pálido. Veíanse sus ojos tan hundidos bajo las órbitas á causa del insomnio, que casi desaparecían. Las arrugas de su levita negra patentizaban que había pasado la noche sin quitársela, teniendo llenos los codos de esa pelusa blanca que deja en el paño el roce del lienzo. Juan Valjean miraba á sus pies la ventana dibujada en el pavimento por el sol.

Al ruido que hizo la puerta, levantó los ojos.

Entró Mario con la cabeza erguida, la boca risueña, el rostro como inundado de luz, la frente dilatada, la mirada triunfante. Tampoco había dormido.

—¡Sois vos, padre!—exclamó viendo á Juan Valjean.—¡Y ese imbécil de Vasco, con su aire misterioso! Pero venís muy temprano. No són más que las doce y media, Cosette está durmiendo.

La palabra padre, dicha á Fauchelvent por Mario, significaba: felicidad suprema. Ya hemos indicado que siempre había existido entre ambos tibieza y embarazo, hielo que romper ó derretir. Mario se hallaba en ese punto de embriaguez en que las escabrosidades se aplanan, en que el hielo se disuelve, siendo Fauchelvent para él, como para Cosette, el padre.

Y continuó: la palabra se desbordaba en él con esa superabundancia propia de los divinos paroxismos de la alegría.

—¡Cuán satisfecho estoy de veros! ¡si supierais cuánto os echamos ayer de menos! Buenos días, padre. ¿Cómo va esa mano? Mejor ya, ¿verdad?

Y satisfecho de la buena contestación que se daba á sí mismo, prosiguió:

—Ambos hemos hablado mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! Supongo que no vais á olvidar que tenéis aquí vuestro cuarto. Basta ya de la calle del Hombre Armado. No queremos que penséis en ella más. ¿Cómo pudisteis ir á habitar

una calle como aquella, malsana, ruinosa y fea, cerrada por un lado, fría, y en la que apenas se puede entrar? Vendréis á instalaros aquí desde hoy mismo, ó Cosette se enfadará. Está dispuesta á llevarnos á todos á su gusto. Os lo prevengo. Ya habéis visto vuestro cuarto, está junto al nuestro y da á los jardines. Se ha arreglado algo que le faltaba á la cerradura, la cama está pronta; no falta sino que entréis en ella. Cosette ha mandado colocar junto á la cama una butaca antigua, forrada de terciopelo de Utrech, á la que ha dicho: Tiéndele los brazos. Cada primavera anida un ruiseñor en el grupo de acacias que está delante de las ventanas. Allí estará dentro de dos meses. Tendréis vuestro nido á la derecha, y el nuestro á la izquierda. Por la noche cantará el ruiseñor, y de día os hablará Cosette. El cuarto tiene sol de Mediodía. Cosette arreglará en él vuestros libros, el viaje del capitán Cook, el otro de Vancouver, y demás objetos vuestros.

—“Creo que hay una maletita que apreciáis en mucho, á la cual he destinado un rincón de honor. Habéis conquistado á mi abuelo; parece que congeniáis. Viviremos todos juntos. ¿Sabéis jugar al whist? Colmaréis los deseos de mi abuelo, si lo jugáis. Vos mismo acompañaréis á paseo á Cosette los días en que tenga yo visita, la llevaréis del brazo como en otro tiempo, ya sabéis, en el Luxemburgo. Estamos absolutamente decididos á ser felices, y vos participaréis de nuestra felicidad. ¿Lo entendéis, padre? Por supuesto, hoy almorzaréis con nosotros.

—Señor—dijo Juan Valjean,—tengo que deciros una cosa. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede traspasar perfectamente el alcance del espíritu como de la materia. Estas palabras: “Soy un antiguo presidiario,” al salir de los labios de Fauchelvent y al entrar en el oído de Mario, iban más allá de lo posible. Mario no entendió. Parecióle que acababan de decirle algo, pero no supo qué. Quedóse con la boca abierta.

Entonces advirtió que el hombre que le hablaba estaba espantoso. En su feliz no había notado hasta aquel instante aquella terrible palidez.

Juan Valjean desató el pañuelo negro que sostenía su brazo, quitóse el envoltorio de la mano, descubrió el dedo pulgar, y mostrándosele á Mario:

—No tengo nada en la mano—dijo.

Mario contempló el dedo.

—Ni he tenido jamás nada—repuso Juan Valjean.

No se veía, en efecto, señal ni herida alguna.

Juan Valjean prosiguió:

—Convenía que no asistiese yo al casamiento, y me he alejado cuanto he podido. He supuesto esta herida para evitar una falsedad, para no introducir nulidad alguna en los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

Mario tartamudeó:

—¿Y qué quiere decir todo esto?

—Quiere esto decir—respondió Juan Valjean—que he estado en presidio.

—¡Me estáis volviendo loco!—exclamó Mario aterrado.

—Señor de Pontmercy—dijo Juan Valjean,—he estado diez y nueve años en presidio por robo, luego me condenaron á cadena perpetua, también por robo, como reincidente, y á la hora presente soy un simple escapado de presidio.

Mario hubiera querido retroceder ante la realidad, rechazar el hecho y resis-

tir á la evidencia; pero era preciso ceder á ella. Empezó á comprender, y como sucede siempre en casos semejantes, traspasó el límite de la comprensión. Tembló por la repugnancia que sintió interiormente; estremeciése con la idea que atravesó su espíritu. Entrevió para sí, en el porvenir, un destino disforme.

—¡Decidlo, decidlo todo, todo!—exclamó; Sois padre de Cosette!

Y retrocedió dos pasos con un indecible movimiento de terror.



Juan Valjean levantó la frente en actitud tan majestuosa, que pareció crecer hasta el techo.

—Es necesario que me creáis, señor, aunque el juramento de los presidiarios no sea admitido en juicio.

Permaneció silencioso un momento, y luego, con cierta autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente y apoyando las sílabas una á una:

—... Debéis creerme. Padre de Cosette, ¡yo! delante de Dios, no. Señor de Pontmercy. Yo soy un aldeano de Faverolles. Ganábame la vida podando árbo-

